

LA BUSQUEDA DE LA VERDAD, en la vida y en las obras de San Agustín

PARTE I: *El camino equivocado* (*)

1. *El punto de partida: ansia de verdad*

El itinerario de Agustín en la busca de la Verdad está lleno de hondas enseñanzas. Es un itinerario cuyas etapas sucesivas coinciden admirablemente con la historia última del pensamiento moderno. Los tumbos errantes de aquella mente grande parece que abren las roderas por donde habían de correr los racionalistas de hoy. De hoy y de todos los tiempos. Agustín es aquí otra vez *el* hombre y su aventura se convierte en paradigma: *ése es el camino del Racionalismo*.

La primera etapa es partir. Tratándose de la aventura de la verdad, no todos parten. Y los que parten, no lo hacen todos al mismo tiempo. Primero tiene que nacer la estrella en lo alto del firmamento. Primero hay que descubrir la Verdad como ideal, como meta, para ponerse luego en camino.

373. Agustín vive en Cartago una vida vulgar. Sin ideal. La juventud es *para* gozar. Y los estudios y la formación son *para* subir en la escala de los honores y de la estimación. Pero un día brilló la estrella en su cielo chato, por obra y gracia de un libro que cayó en sus manos.

(*) Textos empleados y siglas:

S. AUGUSTINUS: *Opera omnia*. Patrología lat. Migne.

Contra Academicos: CACad

De beata vita: BVita

De Ordine: Ord

Soliloquiorum libri duo: Sol

De quantitate animae: QAn

De libero arbitrio: LArb

De vera religione: VRel

De utilitate credendi: UCred.

Confessiones: Conf

De Trinitate: Trin

De Civitate Dei contra paganos: CvD

Para citar las Confesiones hemos usado la nueva edición de VEGA (*Obras de San Agustín*, tomo II, B. A. C., Madrid, 1946).

Traducciones: Para las Confesiones la de Lorenzo RIBER (Madrid, 1942). Para las demás obras hemos utilizado la versión castellana de la edición bilingüe de las *Obras de San Agustín*, a cargo de la B. A. C. No nos hemos sujetado, sin embargo, a ninguna de ellas literalmente.

(**) Conferencia pronunciada en el INSTITUTO FILOSOFICO DE BALMESIANA el 14 de diciembre de 1961 en la conmemoración del centenario del nacimiento de Blondel.

Todo el mundo conoce estas páginas de las *Confesiones* y la conmoción vehemente que causaron en el joven Agustín:

«Según el curso normal de los estudios había llegado a un libro de Cicerón [...]. Este libro ciceroniano contiene una exhortación a la filosofía y se llama *Hortensio*. Y es de saber que este libro trocó mi afecto [...] Envilecióse de repente para mí toda vana esperanza, y con increíble encendimiento de mi corazón deseé la sabiduría imperecedera, y comencé a levantarme para retornar a Vos. [...] Y lo que sólo me deleitaba en aquella exhortación era que me excitaba y me encendía con vivo fuego a amar y buscar y alcanzar y retener y abrazar con firmeza no tal o cual escuela de sabiduría, sino la *Sabiduría*.» (1).

Fue un momento trascendental, de crisis; un encontrarse a sí mismo un redescubrimiento de la vida. San Agustín recordó siempre este instante, y este año diecinueve de su edad lo pone siempre como hito inicial de su nueva historia, cuando echa la mirada atrás para hacer un recuento de su vida. «Desde que en el año décimonono de mi edad leí en la escuela de retórica el libro de Cicerón llamado *Hortensio*, inflamóse mi ánimo con tanto ardor y deseo de la filosofía que inmediatamente pensé en dedicarme a ella» (2).

Agustín ha encontrado un ideal superior al que consagrar la vida. La vida ya no es para el placer ni para los honores. No es para el bien terreno. Es para la Verdad, para la Sabiduría. En su espíritu ha habido una revolución y una nueva jerarquización de valores. En el terreno del hecho imperarán todavía, y por mucho tiempo, las bagatelas, pero el terreno del derecho, de la tesis quedará intacto.

2. El camino: racionalismo

Fijada la meta, viene la elección de camino. El *Hortensio* fue para Agustín una invitación, un llamamiento enérgico y penetrante, pero no una solución. Era preciso buscar.

Este es el momento interesante y lleno de enseñanzas para nuestro hoy. El paralelismo es sorprendente. Empieza en la circunstancia externa. El mundo lejano de Agustín era como el nuestro un mundo cristiano y pagano. Ante Agustín se abrieron dos caminos para la verdad: el de la fe y el de la razón.

¿Cómo eligió Agustín? «Me persuadí de la verdad de que más vale creer a los que enseñan que a los que mandan» (3).

El que mandaba era el Cristianismo. El que enseñaba era el Maniqueísmo.

Agustín, buscador de la verdad, se acercó al Cristianismo, que pregonaba la verdadera sabiduría y la posesión firme y absoluta de la verdad. Pero en el Cristianismo halló dos cosas: sencillez y misterio. Es decir, humildad. «Tomé la resolución de aplicar mi espíritu al estudio de las Escrituras Santas y ver qué tales eran.

(1) *Conf* III 7-8 VEGA 400-402.

(2) *BVita* 4 PL 32 961.

(3) *Ibid*.

Y he aquí que descubro que es una verdad no averiguada por los soberbios, ni tampoco manifestada a los niños; una verdad baja a su ingreso, pero en el avance sublime y velada de misterios. No era yo tal que pudiese entrar en ella o inclinar la cabeza para acomodarme a sus pasos. Yo no sentí lo que ahora digo cuando puse mi primera atención a las Escrituras, sino que las estimé indignas de compararse con la majestad Tuliana. Su modestia repugnaba a mi orgullo, y mi corta vista no penetraba sus augustas interioridades» (4).

El catolicismo estaba lleno de misterios y antes que nada reclamaba la sumisión del espíritu, la fe en la autoridad revelada, la entrega de su inteligencia, la renuncia total de su razón ante el misterio y la autoridad. Y esto realmente era a lo que no estaba dispuesto de ningún modo Agustín... Joven presuntuoso, hombre de ciencia, talento penetrante ante el que nada se resistía y del que él se sentía orgulloso, no estaba dispuesto a ceder y entregarse si no era ante razones evidentes de evidencia matemática (5). Por eso le pareció lo único conforme con la dignidad de la razón humana, despreciando a «los que mandan», seguir «a los que enseñan».

El maniqueísmo se lo daba todo: la verdad por pura razón. Y con toda seguridad e infalibilidad. «Decían continuamente: ¡Verdad, verdad!, y sin cesar me hablaban de ella» (6). «Entré en el círculo de los maniqueos y caí en sus redes por esto: porque prometían, dejando a un lado el testimonio odioso de la autoridad, llevar hasta Dios, librándonos de todo error, y por un ejercicio estrictamente racional, a cuantos se pusiesen sumisos en sus manos. Dejé la religión que en mi alma de niño habían depositado mis padres y fui secuaz y diligente discípulo suyo, porque en lugar del terror supersticioso y de una fe irracional que se me imponía en aquella, me ofrecía una fe libre, que seguiría a la discusión y al esclarecimiento de la verdad. ¿A quién no iban a seducir estas promesas, y sobre todo si se trata de un espíritu joven ansioso de verdad, altanero y charlatán a consecuencia de las disputas escolares con hombres doctos, como lo era yo; yo, que cuando los encontré, despreciaba aquellas cosas como cuentos de senescentes, mientras ardía en deseos de poseer la verdad auténtica y clara que ellos me prometían y de abreviar en ella mi sed?» (7).

3. El término: A) Materialismo.

Sigamos historiando el proceso ideológico agustiniano. ¿A dónde llegó Agustín por el camino real del racionalismo? Primero al *materialismo*, a una concepción espacial de todo ser. Esa fue la obra de la razón autónoma. Ese fue el mundo que construyó.

(4) Conf III 9 VEGA 402.

(5) VEGA, *Introducción a la Filosofía de San Agustín*. Obras de S. A. Tomo II. B.A.C. Madrid, 1946. Pág. 15.

(6) Conf III 10 VEGA 404.

(7) UCred 2 PL 42 66.

Son tristísimos estos diez años de la vida de Agustín. ¡Cuán hondo cayó su genio!

Por aquel tiempo estaba tan materializado, que no acertaba a comprender que pudieran existir cosas que no fueran corpóreas y sensibles (8). «No creía sino lo que podía imaginar» (9). «Yo no podía imaginar sustancia alguna, si ya no era tal como suelen verla estos ojos de carne.» (10) «Y todo aquello privado de situación en el espacio parecíame que era nada, parecíame que era simplemente la nada, no un vacío solamente, como el que se hace cuando un cuerpo es quitado de un lugar [...] El tal lugar vacío era, a mi ver, como una nada que ocupase espacio» (11). «Tampoco acertaba a comprender y distinguir el mundo sensible del inteligible, ni las cosas carnales de las espirituales» (12).

Este materialismo ideológico se refleja en su concepción de Dios como un infinito material, sólo limitado — espacialmente — por el dios malo (13). Respecto del alma, casi nada sabía Agustín: no podía imaginarla espiritual; pero si era corpórea, ¿cómo no la experimentaba? «De allí pasé a la naturaleza del espíritu, mas los falsos prejuicios que yo tenía de las cosas espirituales no me dejaban ver la verdad [...] Y como no las podía ver en mi espíritu [líneas, colores, masas] parecíame que tampoco podía ver a mi espíritu» (14). En la moral, ignorancia y simplismo (15). Por lo que hace al mundo, Agustín adoptó el pansiquismo materialista de los maniqueos, concibiéndolo como un animal gigantesco (16).

«Tales fueron las ideas profesadas por Agustín de los diecinueve a los veintiocho años como filósofo, salvas leves modificaciones. Realmente parece incomprensible que un genio de los vuelos del de Agustín descendiera tan hondamente en la escala del pensamiento, hasta hundirse por completo en el lodo del más grosero y abyecto materialismo. Sin embargo — concluye el P. Vega —, esa es la historia de todos los grandes genios que han abandonado la antorcha de la fe para seguir con más libertad e independencia sus caprichos y dictámenes: ir de tropiezo en tropiezo y de tumbo en tumbo, hasta dar en los mayores absurdos y disparates» (17).

3. Escepticismo

Agustín había fiado en la razón. Y la razón le falló. Falló el mundo que con ella había construido. Entonces se encontró con las manos vacías. La razón, que era lo único que tenía, no le ser-

(8) *Conf V 19 VEGA 492-494.*

(9) *Ibid. 20 494.*

(10) *Conf VII 1 VEGA 558.*

(11) *Ibid.*

(12) *De duabus animabus 12 PL 42 102-103.*

(13) *Conf VII 2 VEGA 560.*

(14) *Conf IV 24 VEGA 454.*

(15) *Conf III 13-14 VEGA.*

(16) *Conf III 18 VEGA 416.*

(17) *Introducción, p. 20.*

vía para nada. Y fue al escepticismo. Esta es la génesis limpia del irracionalismo a partir del racionalismo.

El escepticismo de Agustín, sin embargo, no fue «puro». No lo podía ser; porque Agustín era un genio y amaba de veras la verdad. Ningún gran filósofo ha sido escéptico; y nadie ha buscado sinceramente la verdad, y le ha sido negada. Agustín salió pronto del escepticismo. Pero lo interesante es que *pasó* por él. El racionalismo le lanzó al escepticismo. Y no fue el racionalismo quien le sacó de allí.

Se le hunde a Agustín con estrépito el edificio del maniqueísmo, el poseedor y repartidor de la verdad, y le invaden unas ganas enormes de descansar en el escepticismo y en la desesperanza.

«Vínome a las mientes el pensamiento, que los filósofos que llaman académicos habían sido más avisados que los otros al sostener que de todo se debía dudar, llegando a la conclusión de que *el hombre no es capaz de ninguna verdad*» (18). Y más adelante: «Así que, dudando de todo, al modo de los académicos, y fluctuando en todas las cosas», etc. (19).

En otro libro expone totalmente el complejo estado de alma en que se encontraba en aquellos momentos. La cita es un poco larga, pero luminosa y rica:

«Cuando me separé de vosotros para ir a ultramar [Italia], andaba vacilante y dudoso acerca de lo que debe abrazarse o rechazarse. Esta duda fue tomando cuerpo desde que oí a aquel hombre [Fausto maniqueo] cuya venida como tú sabes, se me prometía como cosa del cielo para disipar todas mis dificultades, y vi que, salvo en la elocuencia, era como todos los demás; entonces, ya estando en Italia, tuve una gran deliberación y consejo conmigo mismo, no sobre si había de continuar en aquella secta, donde ya me avergonzaba de haber militado, sino acerca del modo como había de alcanzar la verdad, cuyo deseo me arrancaba tantos suspiros como tú sabes mejor que nadie. Muchas veces me parecía que no podría hallarse, y las grandes marejadas de mis pensamientos me impelían a dar mi voto a los académicos; otras muchas, considerando, según me era posible, la vivacidad de la mente humana, tan penetrante y afilada, no creía que estuviese oculta la verdad, sino que más bien no era patente el medio de hallarla [...] Y se me ofreció a los ojos una intrincada selva, y sentía pereza de internarme en ella; y entre tanto mi ánimo, sin ningún reposo, era agitado con el deseo de hallar la verdad» (20).

En estas líneas aparece la nota de provisionalidad del escepticismo de Agustín. Semejantemente al que camina en una noche oscura y se ve privado de repente de toda luz, optó por suspender el juicio y permanecer quieto, hasta que apareciese alguna luz. «Guardaba mi corazón de todo asenso, medroso del precipicio, y esta suspensión me mataba» (21).

No era tampoco absoluto, a pesar de sus palabras «dubitans de

(18) *Conf V 19 VEGA 492.*

(19) *Conf V 25 VEGA 500.*

(20) *UCred 20 PL 42 79.*

(21) *Conf VI 6 Vega 520.*

omnibus». Agustín excluyó desde luego de la duda las verdades matemáticas, la existencia de Dios y su providencia. Y él mismo nos asegura que jamás se apartó de su pecho el temor a la muerte y al juicio futuro. Tal vez habría que limitar su duda a las verdades de orden religioso y moral (22), el conjunto que él llama *sabiduría* o felicidad.

Estas son las precisiones que hay que hacer hablando del escepticismo de Agustín. Pero no olvidemos que éste, de todos modos, se dió. Agustín dudó. Se le clavó en el alma por algún tiempo la desesperanza de alcanzar la verdad. Y todo esto sucedía tras de una etapa de racionalismo autárquico.

PARTE II: *El buen camino.*

«Me siento obligado a descubrirte lo que yo pienso sobre *el camino de hallar la verdad* y de entrar en posesión de la misma: su amor, como sabes, prendió con fuerza en mí ya desde los albores de la adolescencia [...] Es muy fácil, mi buen amigo, decir e incluso creer que hemos descubierto la verdad; pero al filo de la lectura irás conociendo la dificultad real que implica esta tarea» (23).

Nada más oportuno que estas palabras para comenzar esta 2.ª parte. Es la última etapa de la peregrinación de Agustín en busca de la verdad. San Agustín halla por fin la verdad y se vuelve a diseñarnos su camino, el que le condujo a la cumbre. Y resulta, como tantas veces, que *su camino es el único camino.*

Este fue un camino antitético al primero. El primero era todo razón y confianza en sí mismo. Y su fin fue el fracaso. El segundo es la fe y la autoridad: la razón apoyándose en «otro». Esta renuncia y humildad salva a la razón y la lleva a la Verdad.

Veamos ahora directamente las ideas de Agustín: «lo que yo pienso sobre el camino de hallar la verdad y de entrar en posesión de la misma» (24).

La idea de Agustín es una afirmación doble: Fe y razón. Una defensa de la fe o autoridad. Una defensa de la razón.

1. *Necesidad de la autoridad.*

La necesidad de una autoridad para llegar a la verdad, lo proclama el fracaso de la razón autónoma. Es un hecho: la razón sola para en el escepticismo, se niega a sí misma. Somos «impotentes para hallar con la razón pura la verdad» (25).

La impotencia de que habla Agustín aquí es doble. Impotencia primero respecto del hallazgo. Con la razón sola es muy difícil al-

(22) Cfr. VEGA, *Introducción*, p. 28.

(23) *UCred* 1 PL 42 65.

(24) *UCred* l.c.

(25) *Conf.* VI 8 VEGA 522.

canzar el conjunto de verdades necesarias para elevarse de lo sensible y orientarse firmemente hacia la verdadera bienaventuranza. Impotencia, en segundo lugar, respecto de la posesión. El alma quiere paz y seguridad en la posesión y no se lo da la razón sola. El hombre no puede con sus propias fuerzas alcanzar una posesión segura, plena, beatificante de la verdad, o lo que es lo mismo para Agustín, un conocimiento de Dios pacificador del alma (26).

«Es imposible — declara tajantemente Agustín — encontrar la religión verdadera sin someterse al yugo pesado de una autoridad y sin una fe previa en aquellas verdades que más tarde se llegan a poseer y comprender, si nuestra conducta nos hace dignos de ello» (27).

Habla aquí Agustín de «religión verdadera», pero en él Verdad, Religión y Felicidad son términos equivalentes. En él la filosofía y la teología son un todo, una Verdad, cuya posesión es la Sabiduría. En el *De vera Religione* Agustín define *non aliam esse philosophiam, et aliam religionem* (28).

Como hemos visto anteriormente, Agustín empezó su carrera con un desprecio olímpico de los que «mandan creer» y adhiriéndose incondicionalmente a «los que enseñan», los maniqueos racionalistas. Ahora en cambio Agustín invierte los términos: «Cuando se trata de religión, es decir, de dar culto a Dios y de conocerle, hay que evitar el ir en pos de aquellos que nos prohíben creer y con facilidad prometen razones» (29). Y en la *Confesiones*: «Depositasteis en mí la persuasión que, no los que creían vuestros libros, que con tanta autoridad fundamentasteis en casi todas las gentes, sino más bien aquellos que no los creían debían ser inculcados» (30). Es una verdadera retractación, un viraje completo: el camino de la verdad no es la razón, sino la autoridad. Es necesaria la autoridad. Y esta autoridad para San Agustín es la Iglesia.

Se trata de llegar a la verdad, a entender y poseer la verdad: por ejemplo, la existencia de Dios o la inmortalidad del alma. No es el caso aquí del misterio: en el misterio la fe es el principio y el fin, el misterio es una verdad intrínsecamente incognoscible por la razón. En cambio en aquellas otras verdades la fe tiene un papel de auxiliar extrínseco de la razón. Pero es necesaria. El fin es entender, pero hay que empezar por creer. La fe es el catalizador necesario para que la razón obre rectamente, racionalmente. «Es necesario — habla Agustín —, y los textos abundan — creer sin razones cuando aun no estamos en condición de aprehenderlas y preparar el espíritu por medio de la fe

(26) BOYER, *Essais sur la doctrine de S. A.* (París, 1932), pp. 13-14. Esta impotencia de la razón no es una tara esencial de la misma, sino un efecto de su inmersión en lo sensible, en la movilidad falaz de las imágenes y sensaciones.

(27) *UCred* 21 PL 42 79.

(28) *VRel* 8 PL 34 126.

(29) *UCred* 27 PL 42 84.

(30) *Conf* VI 7 VEGA 522.

para recibir la semilla de la verdad» (31). Y obran por tanto «temeraria y sacrilegamente los maniqueos al atacar a los que, sometiéndose a la autoridad de la fe católica, antes de que sean capaces de intuir la verdad, que sólo es asequible a las almas puras, se pertrechan con la fe y se preparan para recibir más tarde la luz que Dios les envía» (32).

En resumen: el fracaso de la razón autónoma proclama la necesidad de una autoridad (en concreto, la autoridad de la Iglesia) para llegar a la verdad. *Lo primero es la fe.*

2. Necesidad de la razón: a) antes de creer

Agustín ha resumido en una fórmula (inmortal) las relaciones mutuas entre la razón y la fe o autoridad: *intellige ut credas, crede ut intelligas* (33).

A la verdad no se llega directamente con la razón. Pero a la fe sí hay que llegar con la razón. Agustín no desprecia la razón. Ha abandonado posiciones de autosuficiencia y autonomía, porque es racional reconocer los límites de la razón, pero sigue amando la razón como el tesoro más grande y noble del hombre. Suyo es el *intellectum valde ama*.

Y la razón tiene sus derechos. Es necesario creer. Pero Agustín rechaza desde luego una fe irracional, absolutamente ciega. No. *Intellige ut credas*. Una fe racional. Antes de creer, «*consideratur cui sit credendum*» (34).

b) después de creer.

Crede ut intelligas. A esto íbamos, a la razón. Y henos ya, después del rodeo (35) preambular por los lindes de la fe, en los caminos de la razón.

La fe no le ha barrado el camino a la razón: le ha señalado la meta y ha puesto vallas en los precipicios. Nada más. El camino lo recorrerá la razón. Agustín la estaba esperando y con impetu acrecido de torrente represado a quien se abren las esclusas, se lanza a la carrera. Su hambre de verdad racional es más grande que nunca; la fe misma le ha ensanchado el horizonte del campo de investigación. Toda la vida de Agustín será ya una investigación racional de las verdades poseídas por la fe. Y ¿cuándo ha rayado más alto en luz y fecundidad la razón humana?

En este punto post-fideísta hay que colocar el gran acontecimiento del hallazgo de la doctrina neoplatónica. Agustín cree. Pero Agustín, filósofo nato, necesita armonizar su fe nueva con su filosofía antigua. La armonía, sin embargo, no surge: su pen-

(31) *UCred* 31 PL 42 87.

(32) *UCred* 2 PL 42 66.

(33) *Sermo* 43 9 PL 38 258.

(34) *VRel* 45 PL 34 141.

(35) «...un pequeño rodeo para entrar por donde la seguridad es completa» *UCred* 24 PL 42 82.

samiento filosófico está en oposición con la fe católica. Se comprende el tormento de Agustín que tiene que ahogar sus ansias de verdad racional: sus alas de genio están apesgadas de principios materialistas.

Y se comprende asimismo la exultación de su alma cuando la doctrina neoplatónica le abre el camino del aire y de las alturas. Platón, por Plotino, le da una concepción espiritualista del mundo. Surge por fin la armonía entre la fe y la filosofía. La fe le recomienda el neoplatonismo porque concuerda con ella; y el neoplatonismo le ayuda a comprender las verdades de la fe. La fe al mismo tiempo le da una luz superior con la que Agustín *ortodoxiza* —valga la palabra— la filosofía plotiniana y la transforma profundamente en algunos puntos.

Nacia en aquellos momentos la Filosofía Cristiana (36).

Esa fue la historia. Veamos la teoría de Agustín en esta tercera etapa del proceso hacia la verdad. Sencillamente: es la hora de la razón recuperada.

Veamos prácticamente en una cuestión particular cómo procedía Agustín.

Abramos el *De libero arbitrio*. En él se trata del origen del mal. El problema en el fondo consiste en conciliar el hecho de la libertad humana, dado por Dios al hombre y de la cual procede el mal, con la santidad de Dios.

La fe nos enseña la infinita santidad de Dios; por tanto la culpa está toda en el hombre. Esto es intocable.

«Aunque creo con fe inquebrantable todo esto — responde Evodio, el interlocutor de Agustín en el diálogo fingido —, como aún no lo entiendo, continuemos investigando como si todo fuera incierto».

Más adelante:

Agustín: Tú tienes por cierto, al menos, que Dios existe.

Evodio: Sí; esto tengo por verdad inconcusa, más también por la fe, no por la razón.

Pero — añade Agustín — esta fe es razonable. Hay motivos de credibilidad que la abonan. ¿Por qué, pues — pregunta —, no nos contentamos en todas las cuestiones con una fe razonable? ¿Por qué, respecto de estas cosas que hemos determinado investigar como si fueran inciertas y absolutamente desconocidas, no piensas lo mismo, o sea, que fundados en la autoridad de tan grandes varones debemos creerlas tan firmemente que no debemos gastar más tiempo en su investigación?

(36) «Para él [AGUSTÍN], en el fondo no hay más que una filosofía legítima, esto es, la que combina las nociones que la razón puede descubrir por sí misma y sus fuerzas, con las luces directrices de la revelación, como tampoco hay otra sabiduría real más que la que se orienta a la posesión de Dios y la visión beatífica.» JOLIVET, R.: *Saint Augustin et le néoplatonisme chrétien*, París, 1932) p. 155.

No entraremos directamente en la exposición del pensamiento de AGUSTÍN acerca de la que él llama «*nostra philosophia christiana*» (*Contra Julianum*, 1. IV cap. XIV).

Evodio: Es que nosotros deseamos saber y entender lo que creemos.

Agustín: Veo que te acuerdas perfectamente del principio indiscutible que establecimos en los mismos comienzos de la cuestión... (37).

Y al final de ésta, se recogen los resultados de la investigación con estas palabras:

«Aunque estas dos verdades, a saber, que hay Dios y que todos los bienes proceden de Dios, fueran ya antes para nosotros objeto de nuestra fe inquebrantable, sin embargo de tal manera las hemos dilucidado ahora, que también aparece como cosa evidente esta tercera: que la voluntad libre del hombre ha de ser considerada como uno de los bienes que el hombre ha recibido de Dios» (38).

Textos similares abundan, pero añadiremos sólo este fragmento de la oración final del *De Trinitate*, en el que late el ansia de saber de Agustín:

«Fija la mirada de mi atención en esta regla de la fe, te he buscado según mis fuerzas y en la medida que Tú me hiciste poder, y anhelé ver con mi inteligencia lo que creía mi fe, y disputé y me afané grandemente. Señor y Dios mío, mi única esperanza, óyeme para que no sucumba al desaliento y deje de buscarte; ansie siempre tu rostro con ardor. Dame fuerzas para la búsqueda, Tú que hiciste te encontrara y me has dado esperanzas de un conocimiento más perfecto» (39).

Resumamos todo con palabras del mismo Agustín:

Un doble camino se puede seguir para evitar la oscuridad que nos circunda: la razón o la autoridad.

La filosofía promete la razón, pero (abandonada a sí misma) fracasa (40).

Luego tiene que venir la autoridad en ayuda de la razón. Esta es la fórmula: *autoridad y razón*.

«La primera exige fe y dispone al hombre para la razón. La segunda guía al conocimiento e intelección. Si bien la autoridad no está totalmente desprovista de razón, pues se ha de atender a quien se debe creer» (41).

Todos los que aman la verdad más que todas las cosas (más que a sí mismos) han de reconocer como exactas estas palabras finales de una reciente Historia de la Filosofía (42):

(37) *LArb* II 5-6 PL 32 1242-1243.

(38) *LArb* II 47 PL 32 1266.

(39) *Trin* XV 51 PL 42 1098.

(40) En este lugar (*Ord* II 16 PL 32 1002) y, en general, en la época en que escribía los *Diálogos*, Agustín concedía a un pequeño número de espíritus selectos (entre los cuales no se contaba a sí mismo) la posibilidad de llegar con la razón a un cuerpo de doctrina suficientemente completo. Pero en el *De utilitate credenti* afirma ya Agustín que Dios exige que todos pasen por la fe. Cfr. BOYER, *Essais*, p. 14.

(41) *VRel* 45 PL 34 141.

(42) KLIMKE, F.: *Historia de la Filosofía* (2.ª ed. 1953) pp. 715 y 716.

«Toda la filosofía y en especial la de estos últimos decenios prueba que se siguen notables inconvenientes de entregar a la sola investigación racional las verdades supremas, aunque sean accesibles a la razón» [...]

PARTE III: *La verdad absoluta*

1. *Verdad y felicidad.*

Veritas. Esta es la palabra central de la obra de San Agustín. Ella aparece en casi todas sus páginas. Ella es la síntesis, la reducción a la unidad de todas las cosas. El genio de Agustín está patente en esta concepción amplísima y honda, que llega al secreto del mundo, del hombre y de Dios.

Entre las distintas sistematizaciones que se han intentado de la externamente insistemizada obra agustiniana, sigue siendo la primera del P. Boyer (43) en su tesis doctoral: *L'idée de vérité dans la philosophie de Saint Agustin.* Es una obra bella. Alrededor de la idea de *Verdad* se van agrupando, sin forzarlas, todas las ideas agustinianas: Verdad y certeza, La Verdad subsistente, La Verdad creadora, La Verdad iluminadora, La Verdad beatificante, son los cinco capítulos del libro. Ya en la primera página del mismo señala el autor: «En cada página de San Agustín se halla la palabra *verdad*; esta es, ya la verdad que él anhela y busca, ya la que él contempla y enseña, ya la que él suplica y consulta, ya la que le esclarece y le ilumina, ya la que le habla por mil voces de la naturaleza, ya finalmente la que él espera para la vida futura como recompensa de sus trabajos» (44).

Vamos pues a penetrar por este campo inmenso. Agustín y la verdad.

Quid fortius desiderat anima quam veritatem? (45)

Empecemos con esta sentencia celeberrima, que encuentra resonancia emocionada en todo corazón humano.

Toda la vida de Agustín es tensión y esfuerzo hacia esa meta anhelada: la verdad. Amaneció esa luz en las páginas del *Hortensio* allá en sus años mozos, y ella lo fue desde entonces todo. Agustín intuyó —genialidad de inteligencia y de corazón— que todo estaba allí, en la verdad. Ella fue el único ideal. Y a este UNO anheló toda la hondura de su mente y de corazón. «¡Oh verdad, oh verdad! ¡Cuán entrañablemente suspiraban por Vos los meollos de mi alma!» (46).

(43) «El sistema del P. Boyer es, sin duda, el más completo y exacto de cuantos se han planteado.» VEGA, *Introducción*, p. 123.

(44) *L'idée de vérité dans la philosophie de S. A.* (París, 1920), p. 1.

(45) *In Ioannis Evangelium* XXVI 5 PL 35 1609.

(46) *Conf* III 10 VEGA 404.

Y al final del *De Ordine* agradece a Dios que le haya dado «el deseo de consagrarme a la investigación de la verdad, sin preferir nada a este ideal, sin desear, ni pensar, ni buscar otra cosa» (47).

Esa es la concepción agustiniana de la verdad, ya desde su descubrimiento y hasta el fin de su vida. La Verdad como el UNO y el TODO.

«El problema de la felicidad y verdad son uno mismo en San Agustín» (48).

En el umbral de la filosofía no está, según Agustín, el *θαυμάζειν*, sino el ansia de felicidad: *nulla est homini causa philosophandi, nisi ut beatus sit* (49). Igualmente categórico es en un sermón: «Comúnmente todos los filósofos con sus estudios, su investigación y disputas y acciones buscan la vida dichosa: *Haec una fuit causa philosophandi*» (5).

El descanso final y la beatitud plena han de consistir un día en la luz clarísima de la verdad. «Veremos allí (en las apacibles mansiones del cielo) la verdad sin trabajo y gozaremos de ella en toda claridad y en toda certeza» (51). Esta es la última, esperanzada palabra de los *Soliloquios*: «Dios [...] nos promete, después de la muerte corporal, un reposo beatísimo y la posesión completa de la verdad sin engaño» (52).

Allí la posesión completa será el gozo completo. Aquí la posesión, mayor cada día por un esfuerzo de búsqueda y de conquista, es el único gozo hondo del alma. *Rapimur amore indagandae veritatis* (53).

Escribe el P. Vega: «Si filósofo, como luego dirá el Santo, es el que ama la sabiduría, nadie entre los antiguos ni entre los modernos se puede llamar con más razón filósofo que San Agustín. Porque la pasión por la verdad es en él algo desbordante e inusitado. Ni Platón, ni Aristóteles, ni ningún sabio de la Grecia ni de Roma nos ha dejado páginas tan ardientes y emocionantes sobre la verdad como Agustín. Si su corazón gime y suspira, no será nunca por los bienes temporales y caducos de este mundo, sino por las tinieblas que le envuelven y las luchas estériles que tiene que sostener para alcanzar la verdad [...] Para San Agustín la filosofía es algo vital y humano, es un ejercicio de todo el hombre, en lo que tiene de más noble y elevado. En este sentido hemos de decir que el Santo Obispo de Hipona es más moderno que los más modernos filósofos» (54).

Recojamos ahora una palabra casi tan frecuente y tan llena de sentido en Agustín como la verdad, y que ha aparecido ya en varias citas. Es la Sabiduría, *Sapientia*.

(47) *Ord* II 52 PL 32 1019.

(48) BAUMGARTNER, *Grandes pensadores. San Agustín*, p. 37. Cit. por Vega, *Introd.*, p. 125.

(49) *CvD* XIX c.I 3 PL 41 623.

(50) *Sermo* 150 4 PL 38 809.

(51) *Trin* XV 45 PL 42 1092.

(52) *Sol* II 36 PL 32 904.

(53) *Trin* I 8 PL 42 825.

(54) *Introducción*, pp. 13-14.

No entramos en un estudio completo de esta noción amplísima (55). Bastará para nuestro objeto recoger su última y medular significación. Sabiduría es la síntesis de otros dos conceptos: Verdad y Felicidad. Es la misma verdad en cuanto beatificante. Mejor aún, con palabras del mismo Agustín: es la Verdad en cuanto Bien. «¿Piensas que es otra cosa la sabiduría más que la verdad, en la que se contempla y se posee el sumo bien?» (56). Y en otro texto: «Puesto que en la verdad se conoce y se posee el bien sumo, y la verdad es la sabiduría, fijemos en ella nuestra mente y apoderémonos así del bien sumo» (57).

A esta noción de sabiduría contraponen Agustín la de Ciencia, *Scientia*. Si aquella era la *Verdad*, esta es las *verdades*. Aquella toca a lo hondo del hombre, al problema de la vida; poseerla es la paz, carecer de ella es inquietud e infelicidad. Esta, la Ciencia se halla en un plano menos trascendental, es auxiliar, es superficial. No toca a la felicidad del hombre (58). Sabiduría es «la ciencia de las cosas humanas y divinas» (59). Es el «*Deum et animam scire cupio*», la única cosa que pedía Agustín para su vida. Ciencia, en cambio, es «el conocimiento de las cosas temporales y mudables, necesarias para desempeñar las funciones de esta vida» (60). En resumen, Agustín distingue «entre el oficio del alma racional en las cosas temporales, campo donde se ejercita no sólo nuestro conocimiento sino también nuestra acción (Ciencia); y el oficio más noble del alma, entregada a la contemplación de lo eterno que termina en el puro conocimiento (Sabiduría)» (61).

Ahora podemos precisar más y decir que la verdad para Agustín no es el Logos racionalístico, sino la Sabiduría. La característica de Agustín, «*son génie* — escribe el P. Portalié — *est surtout dans l'émotion qui accompagne la contemplation de la vérité*. La verdadera ciencia para él es sólo la *sabiduría, sapientia*; aquella que es gustada por el corazón, al mismo tiempo que ilumina el espíritu» (62).

2. Dios-Verdad.

La Verdad lo es todo para Agustín, porque *la Verdad es Dios*. Ahora hemos expresado hasta el fondo la concepción agustiniana. Agustín desde el primer momento coloca la verdad más allá

(55) Cfr. GILSON, *Introduction à l'étude de S. A.* (París, 1929), 2ème partie, chap. I: La Sagesse.

(56) *LArb* II 26 PL 32 1254.

(57) *LArb* II 36 PL 32 1260.

(58) «Respecto de las criaturas, aunque tengamos de ellas una opinión distinta de la que corresponde a la realidad, no hay en ello peligro alguno». Pero respecto de Dios (cuyo conocimiento pertenece a la sabiduría) «si sintiéramos de Él cosa distinta de lo que es, no llegaríamos a la felicidad». *LArb* III 59 PL 32 1300.

(59) «*Rerum humanarum divinarumque scientia.*» *CAcad* I 16 PL 32 914.

(60) «*Cognitio rerum temporalium atque mutabilium navandis vitae huius actionibus necessaria.*» *Trin* XII 17 PL 42 1007.

(61) *Trin* XIII 1 PL 42 1013.

(62) DTC col. 2432.

de los confines humanos, sobrehumana, trascendente. La Verdad es Ser, Ser Absoluto. La Verdad es inteligencia, Inteligencia infinita. La Verdad es bien, Bien Sumo. La Verdad es Dios.

Ahora podmos precisar más y decir que «el centro de la filosofía agustiniana, el punto culminante e inicial de todas las líneas de su sistema [...] es Dios-Verdad» (63).

Por esto le apasiona la verdad. Si la Verdad no es *la plenitud del ser*, ¿qué puede darnos la Verdad? ¿Acaso se apacienta de viento el corazón? ¿Y es más que un fantasma hueco la verdad separada del ser?

Cuando en las *Confesiones* cuenta Agustín el descubrimiento de la verdad como ideal supremo en las páginas del *Hortensio*, ni una vez aparece en el capítulo la palabra *verdad*. Sólo su sinónimo *Dios*. «Comencé a levantarme para retornar a Vos [...] ¡Cómo ardía, Dios mío, cómo ardía para volar de lo terreno a Vos! [...] Porque en Vos está la Sabiduría, y el amor de la sabiduría tiene el nombre griego de *filosofía*, con el cual aquellas letras me inflamaban» (64).

Aquí vemos también completado el concepto de Sabiduría agustiniano. Sabiduría es la verdad beatificante, la Verdad suprema que calma las supremas ansias del corazón. Poseer esta verdad es poseer la sabiduría. Pero esta verdad está en solo Dios, es Dios.

La Verdad, pues, para Agustín es Alguien; por esto puede ser objeto de amor, de pasión. «La faz de Dios ¿no es la verdad por la que suspiramos [...] porque es nuestra amada?» (65). «*Donde hallé la verdad, allí encontré a mi Dios, que es la misma Verdad*» (66). «Dios es la verdad inmutable que no mengua, ni crece; sin detrimento ni aumento; sin ninguna falsedad, perpetua, estable, siempre incorruptible» (67). Y brevemente en la oración inicial de los *Soliloquios*; *Te invoco, Deus Veritas, in quo et a quo et per quem vera sunt quae, vera sunt omnia*» (68). Y la filosofía es tanto camino de verdad como búsqueda de Dios: «Ella [la filosofía] promete mostrar con claridad al verdaderísimo y ocultísimo Dios, y ya casi me lo está mostrando», escribía Agustín en *Cassiciacum* (69).

Decíamos que así, en esta concepción de la verdad, como Absoluta y Personal, se explica el ardor de Agustín en su búsqueda, el dolor de su ausencia, el gozo de su posesión.

3. La búsqueda de la verdad.

Agustín amó la verdad más que todas las cosas. Más que a sí mismo. Es la gran virtud de Agustín. Una virtud que le costaba.

(63) VEGA, *Introducción*, p. 127.

(64) *Conf* III 7-8 VEGA 400-402.

(65) *Ord* I 23 PL 32 988.

(66) *Conf* X 35 VEGA 748.

(67) *Sermo* 262 29 PL 39 1632.

(68) *Sol* I 3 PL 32 870. Cfr. *In Ioan. Evang.* 38 10 PL 35 1680: «O Veritas quae vere es!»

(69) *CAcad* I 3 PL 32 907. Cfr. VEGA, *Introducción*, pp. 127-130.

muy poco. Cuestión de genio y de corazón. Con uno y con otro intuyó que sólo la verdad era necesaria, que ella sola bastaba y lo demás era ilusión y vaciedad. No temió nunca que esa verdad le exigiera demasiado. Lo que temió con inmensa congoja fué no llegar a encontrarla. La virtud de Agustín consistió sólo en «preferir su salvación a su orgullo». Pero de los pocos hombres de hoy alguien ha escrito esta frase terrible: «Hay pocos que tengan la valentía de preferir su salvación a su orgullo» (70).

Como para Agustín la verdad es el supremo valor, va a ella con absoluta sinceridad, sin condiciones, con inmenso amor, dispuesto a darlo todo por ella, incluso a sí mismo. ¡Ella, la verdad es lo que ansía!

«A riesgo de todo peligro se debe buscar la verdad y la salud del alma, aun cuando hayan sido estériles todos los trabajos y no se la haya encontrado allí donde parecía seguro su hallazgo» (71).

Y como normalmente buscar la verdad consistirá en buscar al hombre que la posee, añade en el mismo tono Agustín: «¿Que no es fácil dar con él? Se le busca con empeño. ¿Es que no hay ninguno en tu país? ¿Cuándo puede ser más útil el viajar? ¿No se le halla o no existe en este continente? Se atraviesa el mar; y si no se le encuentra en las proximidades de la costa, se interna uno [...] ¿Hemos procedido nosotros así?» (72).

Pero el esfuerzo principal que exige la verdad es moral. Exige la entrega del hombre. Sumisión y santidad. La Verdad tiene mucho de Religión. Es el tercer elemento que integra la Sabiduría agustiniana. Sabiduría es felicidad. Sabiduría es Dios. Y, finalmente, sabiduría es santidad (73).

Echarse de veras a los caminos en busca de la verdad, es como entrar en una orden religiosa. Es decir, como resume el P. Portalié, el hombre «*sans les qualités morales du coeur n'atteindra pas la vérité*». Es una ley providencial, que Dios no concede la verdad sino a los que la buscan *pie, caste et diligenter* (QAn. 24)» (74). La verdad sólo la alcanza «aquel que vive bien, ora bien y estudia bien» (75). He aquí el orden recto en la búsqueda de la verdad: *Prior est labor operandi quae recta sunt, quam voluptas intelligendi quae vera sunt* (76). Hacer lo contrario es marrar el camino: «Desear ver la verdad con ánimo de purificar el espíritu es invertir el orden y posponer lo que se debe anteponer: hay que purificar para ver» (77).

(70) P. CLAUDEL.

(71) *UCred* 18 PL 42 77.

(72) *Ibid.* 17.

(73) «Llamo sabios a quienes la verdad manda llamar sabios, esto es, a los que mediante el reinado del espíritu han conquistado la paz subyugando todas las pasiones.» *CAcad* I 19 PL 32 1231. Cfr. *ibid.* I 25 1234. *Ord* II 6-7 PL 32 996-997. *VBita* 25 PL 32 971. *Ibid.* 33 975.

(74) *DTC* 2332-2333.

(75) *Ord* II 51 PL 32 1019.

(76) *Contra Faustum manich.* 1. XXII c.LII PL 42 433.

(77) *UCred* 34 PL 42 90.

Y «mancilla del alma es —para dicho en breves palabras— cualquier amor que no sea el amor de Dios y del alma; cuanto más limpio se halla el espíritu de esas impurezas, más fácil resulta la intuición de la verdad» (78).

Terminamos con unas palabras de Agustín que lo resumen todo: el camino de la verdad es el amor de la verdad. El que la busca la encuentra.

«Es imposible, por especial providencia, que a las almas religiosas, que piadosa, casta y diligentemente se buscan a *sí mismas y a su Dios, es decir, la Verdad*, les falten los medios suficientes para conseguirlo» (79).

Más breve y enérgicamente: «Si la sabiduría y la verdad no se buscan con todas las fuerzas del alma es imposible encontrarlas. Pero si se buscan, como es debido, es imposible que se sustraigan y se escondan de sus amadores» (80).

Juan Pegueroles, S. I.

Profesor de Historia de la Filosofía en la Facultad de San Cugat del Vallés.

(78) Ibid.

(79) *QAn* 24 PL 32 1049.

(80) «Si sapientia et veritas non totis animi viribus concupiscatur, inveniri nullo pacto potest. At si ita quaeratur ut dignum est, subtrahere sese atque abscondere a suis dilectoribus non potest.» *De morib. Eccl. cath.* I 31 PL 32 1324.